
CONFERENCIA XIV.

NAPOLEON. (1)

Napoleon en el plan de la historia universal: señala la alianza de Francia y del espíritu de la Europa meridional.—Influencia de Córcega, de Italia en el destino de Bonaparte.—Su educación por Italia y Egipto.—El Concordato, una falsa tregua.—¿Quién operaba milagros bajo el Consulado?—EL GÉNIO DEL CRISTIANISMO, una heregía.—La consagración.—Napoleon se entrega al ideal del catolicismo y del Mediodía.—Vuelta al pasado; imitación de Carlo-Magno.—Causa de la esterilidad de las instituciones del Imperio.—Como el emperador representaba la democracia.—Carácter de las proclamas.—La Santa-Alianza; las invaciones.—Waterlío.

Si la Iglesia se llama romana y católica, la revolución puede legítimamente llamarse francesa y universal, porque el pueblo que la ha hecho no es el que más se ha aprovechado de ella.

(1) Es este el único capítulo en que desearia introducir algunas modificaciones; hoy dejaría la leyenda; me atenderia á la historia. Nota del autor en la última edición revisada por él.

A medida que se desenvuelve, cada partido concibe un ideal en que quiere encerrarla; más el plan de la Providencia deja atrás los planes de los partidos. Diríase al principio que la Constituyente soñaba con una Francia libre, sin ambición, sin conquistas, modestamente sentada á sus hogares, y ante esta prudencia deseariais más audacia. Cuando la Montaña atemorizó al mundo y la frontera se vió libre de enemigos, muéstrase la fatiga, y parece que es ya tiempo de reposar: hácia los últimos dias de la Convencion la libertad se ha adquirido, sólo falta gozar de ella, empiezan las fiestas del Directorio, pero bien pronto el pueblo francés acomete un nuevo trabajo.

La Revolucion habia prometido dar la vuelta al globo; coje un soldado, lo pone sobre el paves, y corre á despertar á los demás pueblos. Esta marcha de capital en capital es el símbolo de su futuro triunfo á través de los siglos.

Para arrastrar al universo no bastaba hablar desde lo alto de la tribuna, ni enseñar una cabeza desde lo alto del cadalso. El eco de las palabras y el mismo terror se debilita con la distancia; era preciso que Europa tocase el monstruo de mas cerca. De aquí la necesidad de franquear la frontera, de ir á llamar, á excitar en sus hogares á los que continuaban dormidos: la tierra debia conmoverse como Francia.

Patentízase entonces el carácter universal de la Revolucion; el hombre que adopta para

que la guíe, es extranjero. Sale de la isla á que J. J. Rousseau predijera tan brillantes destinos; por su origen, Napoleon es toscano, es decir, que Francia elige su gefe fuera de sí misma, en el país del Dante y de Miguel-Angel, mostrando que su causa es, como lo habia ofrecido, no la de un pueblo, la de una raza, sino la del globo. Los partidos reprochaban á Napoleon ser un extranjero, un Corso; no comprendían que era punto de honor para Francia no encerrar su corazon en sus fronteras. Para coronar á la democracia llama al hombre más grande que vé á su alrededor; importa poco que tenga otra pátria, otra lengua, otro origen; esta misma diferencia será causa de que brille con más intensidad el nuevo principio. Se comenzó por erigir en la Constitucion los derechos del *hombre*, y es al hombre á quien se busca en Bonaparte, no al franco ó al galo. Roma extrajo su César de su seno y su accion fué puramente romana; Francia buscó al suyo en una cuna lejana y su génio fué cosmopolita. Ensancha sus límites por la adopcion del Desconocido; y el corazon de la Revolucion que se anunciará en la Constituyente aparece aqui por completo. Ha destruido el derecho de primogenitura, los celos, las desigualdades entre los hermanos, y para que nadie dude de ello, el natural de Ajaccio, el último hijo de la familia francesa, que ayer no le pertenecía, que hoy sólo le pertenece por adopcion, será preferido á los

primogénitos de todas las antiguas provincias de Francia.

En realidad, Napoleon es de la misma familia que Cristóbal Colon, el hombre del género humano. Separa violentamente al mundo de la antigua ribera. Sin saber con claridad á donde va, creyendo al fin abordar en el pasado, conduce el bajel hácia un nuevo mundo social.

Ved como desde el principio se consuma la alianza de la Revolucion y de Napoleon; el secreto de todos los sucesos posteriores está en la cuna de éste. ¿Qué era Napoleon en el antiguo régimen? Un niño, un corso que no vé nada más allá de su isla. Apasionado por ella, le sacrificaría el resto del mundo. Paoli, errante en la montaña, es su héroe. En los primeros dias de la Constituyente, por el contrario, se opera un gran cambio en su espíritu. Francia se ha anunciado, se ha aparecido en medio de la tempestad; la Revolucion y Francia se le aparecen á la vez; la primera le revela la segunda. El niño se convierte en hombre, el corso en francés, el insular en cosmopolita en un instante; es el relámpago en el camino de Damasco. Desde el fondo de su isla, Napoleon descubre por primera vez el mundo, al ruido que Francia produce; esa tierra que le enseña el universo, será para él una tierra de revelacion, el continente de los continentes, lo que llama el *suelo sagrado*, el gran pueblo.

Por otra parte, ¿cuando Francia oye hablar

de él por vez primera? El 13 vendimiario. La Convencion en su agonía va á perecer con lo que queda de viviente y de audaz en los espíritus. Bonaparte la salva; se alía íntimamente con ella, pero salvándola, la destrona; porque ha mostrado en su angustia que el terror ha gastado al terror. Es necesario, ó pararse y contenerse ya, ó que la Revolucion continúe bajo otra forma: aun no ha llegado la hora de descansar. El espíritu de autoridad que poseyera la Convencion será la herencia de aquel que la defendió en vendimiario; para consumir de una vez el fondo absoluto que quince siglos de catolicismo depositaran en todo un pueblo, la dictadura de ana Asamblea será reemplazada por la dictadura de uno solo; el advenimiento de la libertad se aplaza todavía; pero la igualdad surge ya.

Sin embargo, la estrella no aparece hasta las campañas de Italia; Napoleon confiesa que no la vió en el cielo sino despues de Arcole y Lodi. ¿Cómo no habia de sentirse predestinado entonces? Cualquiera que sea la rapidez de su pensamiento, es como innato en los que deben ejecutarlo; los hombres y las cosas adivinan sus mandatos, de suerte que si el general ha sido preparado de antemano para semejantes soldados, éstos han sido hechos preventivamente para semejante general. Desde la primera jornada se entienden sin hablarse.

En la batalla de Castiglione sale un soldado de las filas: «General, dice, hé aquí lo que se

debería hacer.» «Cállate desgraciado» responde Bonaparte. «Era precisamente la orden que iba á dar.»

La tierra á que fué enviado debió parecerle elejida por favor providencial; no era como las comarcas del Norte, en que el ejército de Sambre-et-Meuse se veía obligado á invernar [gran parte del año. Bonaparte aparecía desde luego bajo su cielo, en medio de los pueblos de su raza. Allí no le detiene la naturaleza; batalla en invierno y en estío, sin cansarse y solo, mientras que el ejército del Rhin inmóvil en los hielos, se asombra con Desaix de este milagro continuo.

Por último, en tiempos en que la sociedad entera se regulaba sobre la antigüedad romana, fué una fortuna incomparable tener que combatir en la vecindad de Roma. Parece que las victorias alcanzaban antes la inmortalidad en los campos de batalla clásicos. El recuerdo de los hombres de Plutarco envejecía mil años, en un día, al joven general; destacábase sobre el fondo de la antigüedad. Las victorias de la república francesa bajo el cielo de la república romana hablaban de otra manera á las imaginaciones que las demás. Desde el primer día, Lodi, Arcole, Rívoli se han elevado ante los contemporáneos sobre un pedestal de mármol y de granito. He visto á la entrada del puente de Arcole, en la soledad de los pantanos, una pequeña pirámide que se conserva en pié; en sus frentes

se ven esculpidas hachas, armas, haces de Lictores, trofeos antiguos. ¿Quién ha pasado por allí? ¿Es Escipion? ¿Es César?

La expedición á Egipto no mostró sólo la Revolución Francesa al Oriente, mostró á Bonaparte lo que envolvía aun en sí mismo, Napoleon. ¿Cómo semejante espíritu habria estado en contacto con el génio oriental sin asimilárselo en parte? Transportado lejos del foco de la revolución, en los confines del Africa y del Asia, respira algo de este nuevo génio. Clásicos en Italia, sus proyectos son gigantescos en Egipto. Falta poco para que vaya á la India, por el mismo camino que Alejandro; envía ya sus oficiales á Persia. Su instinto de mando sobre todo acaba de declararse en aquella tierra de obediencia; viéndose en las fuentes de las sociedades antiguas, es imposible que no piense en los medios de conservar las nuevas; lee constantemente la Biblia y el Coran; y si Arcole le enseña al capitán, el Sinaí le descubre al legislador. En el silencio del desierto, en la cuna de las instituciones, medita rehacer el orden social: Italia habia dado á Francia un general: el Oriente le envía al autor del Código civil, del Concordato, un legislador, un dueño. Vuelve, y con el acento del Asia dice el 18 brumario. «¡Cree en mí; yo soy el Dios de la guerra!» En Oriente, Napoleon habia visto todo un mundo establecido sobre la armonía de la religion y de las instituciones civiles; su primer pensamiento, en el consulado, fué hacer la paz,

reconciliando la Revolucion y el Catolicismo. Hubo de sorprenderle en este asunto que prevaleció, por ámbas partes un pensamiento político, y que el entusiasmo no se mostró en ninguna. Francia recibe ese bautismo de Sicambro como una necesidad; el papa lo administra ante el temor de perderlo todo. De ámbos lados, el cansancio moral reemplaza á la esperanza. La religion católica sólo se atribuía á medias estas conversiones inesperadas; casi estaba asombrada de su nueva conquista. Cuando sobrevenia alguna dificultad sobre el Concordato con el legado del papa, Napoleon decia: «Cardenal Caprara, habeis conservado el don de los milagros? Hacedlos, pues, y me obligareis, sino dejadme obrar.» Restauracion sin entusiasmo, sin poder, obra de prudencia y de razon, que la Iglesia aceptaba casi sin concurrir á ella. La Revolucion, al detenerse, confesaba que no habia podido hacer dar un solo paso á su Iglesia, por el camino del porvenir; el Catolicismo reconocia que habia sido impotente contra la revolucion. Cada uno consentia en vivir al lado del otro sin tratar en adelante de convertirse. El vivo se ataba al muerto; y á esto queria llamarse paz. Era, sin embargo, una tregua sin persuasion, puramente negativa, sin triunfos, sin prodigios, sin vida moral; la alianza de dos mundos á los piés del mediador. El Catolicismo y la Revolucion paralizaban su obra complacientemente; he aquí lo que explica el vacío prodigioso que se hace don-

de quiera que se encuentra el primer Cónsul. Para no turbar esta falsa tregua, Francia cesa de pensar.

Ese pretendido acuerdo entre lo espiritual y lo temporal no era sino aparente. «Los sacerdotes, decia Bonaparte, quisieran apoderarse del alma y arrojarme el cadáver» pero es él quien abandona á los sacerdotes el exterior, el cuerpo, las ceremonias, los ritos, y se reserva el fuego sagrado, el privilegio divino del entusiasmo, el don de nutrir las almas, de magnetizarlas con una mirada, es decir, de operar prodigios.

En ese acuerdo regido por el Concordato, veis á los sacerdotes hábiles, prudentes, circunspectos: á los cardenales Pacca, Caprara, Fesch, al abate Bernier, contemporizando, insinuándose: recobran poco á poco el poder del hábito; vuelven á entrar silenciosa, diplomáticamente en la Iglesia inmutable. Por otra parte, veis á un hombre que recuerda la leyenda; con una mirada consuela á los pestíferos; á su aproximacion, los heridos, los amputados marchan y van del ante de él; cualquiera que toque sus vestidos corre con alegría á una muerte rápida. Una palabra suya comunica la esperanza á las muchedumbres. En ese acuerdo, pues; ¿de qué lado está la potencia moral, espiritual, el imperio del alma, el signo de Dios? ¿Quién opera los milagros? ¿Es la Iglesia del Concordato ó el Consul de Marengo?

Un libro ilustre desde que vió la luz pública,

El Génio del Cristianismo, mostraba en el papado un poder rejuvenecido. Chateaubriand había intentado renovar el exterior del culto con los colores vírgenes de las selvas de América; sobre todo, hallaba en los recuerdos y la angustia de la emigración un sentimiento de dolor que purificaba á la Iglesia. Anegaba en sus lágrimas á la gran Magdalena pecadora del siglo diez y ocho; aunque con esta obra se condenase á la Revolución, al ménos dejaba entrever que el catolicismo había aprendido alguna cosa en el destierro. No era ya la maldición feudal de M. de Maistre ó de M. Bonald, imponiendo el catolicismo como una corvea á la tierra conquistada, sino una doliente súplica al gran pueblo de Francia.

Y la súplica fué oída, y Francia abrió su corazón; pero inmediatamente, para que el engaño no durase largo tiempo, el libro que obraría esta maravilla fué condenado por el papa. Roma estaba de tal modo acostumbrada á pronunciar palabras inanimadas, que el génio elocuente le pareció una herejía. Dícese que Austria por el temor al ruido no permite á sus escritores que la elogien con demasiado entusiasmo; la Iglesia había llegado á la misma situación. El primer Cónsul cree complacer á la Santa Sede enviando á M. de Chateaubriand á la embajada de Roma: se engañaba. El hombre que poseía los secretos del papado, M. Cacault, el embajador, escribe en el acto que es necesario recoger las

credenciales; un hereje, un escéptico serán más simpáticos á Roma que el autor del *Génio del Cristianismo*. El despacho es preciso. ¿Quién lo hubiera esperado?

Del Concordato á la Revolución sólo van dos años, pero entre uno y otro acontecimiento empieza el abismo. Cuando se ve al papa venir á París, como atraído por una fuerza sobrehumana, y consagrar al ungido de la Revolución, créese uno en presencia del testimonio más auténtico del triunfo de Napoleon. El cardenal Pacca, recordando este día, ocho años después, repite la maldición de Job: «*que este día sea cambiado en tinieblas.*» Pero meditándolo bien, se comprende que el triunfo era para el papa, no para el emperador; porque en cada uno de los símbolos de la fiesta de Nuestra Señora se ha podido distinguir un presagio de derrota. En el Te-Deum que resuena, hay voces discordantes que anuncian á Santa Elena. ¿Qué podía fundar de eterno esa ceremonia sin creencia, ese catolicismo sin hostia, esa convención de diplomáticos firmada al pié de la cruz por el Emperador y el Papa? ¿Qué necesidad tenía del sello del pasado el ungido por los ritos vivientes de los pueblos? El papa borraba de su frente la aureola de la Revolución, reemplazándola con la aureola de la muerte.

Nadie puede jugar impunemente con los símbolos. Napoleon cree escapar á todos los presagios, porque contrariamente á los hábitos del

pasado, toma la corona del altar y la coloca el mismo sobre su frente. ¡Sutileza de conquistador! Ha aceptado, en realidad, de otro más poderoso que él, una corona invisible, cargada con el fardo de mil años; y por grande que sea, se dobla por vez primera bajo su peso. Porque esa corona que el papa le ha otorgado y que se adherirá á su frente hasta hundirla, es el ideal de la Edad-media. Aunque sus ojos sean penetrantes, en adelante lo verá todo á través de un velo ficticio. ¡Asombrosa justicia! Se ha sometido un instante, ante el mundo entero, á un poder moral, en que no cree; y Él, el señor del universo, vá á ser, á pesar suyo, en sus más grandes proyectos, vasallo de dicho poder, en el momento mismo en que piensa quebrantarlo. Se ha entregado, sin creerlo, á la religion de la Edad-media; vá á rehacer, sin creerlo, el imperio de la Edad-media.

La fascinacion contribuye á este fenómeno. Desde que se entregara al pasado, para no ser ya Bonaparte, se empeña en ser Carlo-Magno. El anciano de Roma consagra la Revolucion; todo recae en la forma antigua. Massena, Lannes, Augereau no son ya los compañeros de un Cónsul romano, sino los doce Pares de un Arthus feudal. Toda esta sociedad que avanzaba á paso de carga al porvenir, se detiene y gira hácia el pasado. Obsediado por el falso ideal del catolicismo, Napoleon concibe Concilios imposibles; el más original de los hombres, solo crea insti-

tuciones añejas, y como indefectiblemente habia de suceder, acaba por castigar, lo que era imposible en su sistema, al papa, que debiera haber sido su sosten. No queria á éste sino como un instrumento, y se indigna de haberse dado un dueño; tan pronto como se apercibe de ello, lo aprisiona. Pero es él quien queda cautivo en el círculo trazado en torno suyo por el catolicismo.

Por una parte la excomunion, por otra la prision de Fontainebleau: hé aquí en lo que debia concluir la paz ficticia firmada en Nuestra Señora. Y aunque sea esta la página peor de la historia de Napoleon, era necesario, sin duda, que por el hombre más grande y emprendedor de los tiempos modernos se intentase el último ensayo de organizacion social, á fin de que viendo sus instituciones heladas y muertas, al nacer, al soplo del pasado, caer ó desplomarse por sí mismo todo lo que se habia fundado de acuerdo con el papa, nobleza, monarquía, baronías, herencia carlovingia, su tumba de Saint-Denis trasportada á Santa Elena, y subsistir sólo en medio de las ruinas, el Código civil rechazado por el papa, nadie pidiese jamás la consagracion y uncion del porvenir por la religion de la Edad-media.

Apesar de este cambio, el pueblo se reconocia aun en el emperador; el capote gris hacía perdonar la corona de Carlo-Magno. En su edad heróica, la democracia pedia ante todo á su jefe, no la

libertad, sino el heroísmo. Hacer reyes á su capricho era aun un atributo de soberano. No habiendo podido derribar de un soplo á la vieja Europa, se esperaba desafiarla dando á quien se quería la dignidad de los siglos; además de esto, los franceses dispensaban á su héroe que lo fuera todo entre ellos, porque con él esperaban serlo todo entre los otros.

Otra cosa sirvió para conservar á Napoleon hasta el fin el corazon de las masas. Nunca le ocurrió la idea de dividir al país en ricos y pobres, de confiar en los unos, de recelar de los otros. Aplicando á la sociedad su principio de táctica, hizo de todos los hijos de Francia una sola masa, la gran nacion, el gran ejército, que respiraba, es verdad, bajo la metralla, pero que no tenia más que un hogar, una bandera, un alma. ¿Habia país legal y país ilegal, ciudadanos y proletarios en Marengo, en Austerlitz, en Jena? No, habia hombres que conquistaban todos á la vez para sí y sus descendientes el derecho de ciudad.

A despecho de todos los disfraces, el principio de la democracia brillaba, relampagueaba la víspera de la batalla. En estas ocasiones, el Emperador se veia obligado á valerse de su verdadera fuerza y la desplegaba como un estandarte en sus proclamas en cuyas palabras de fuego se halla toda el alma del imperio. Es preciso confesar que nunca se ha visto nada semejante, ni á la democracia triunfar tan francamente. ¿Qué Em-

perador es ese que promete su trono al hijo del más digno? ¿Qué general el que al entrar en campaña confia al más insignificante de sus soldados, su proyecto, su plan de maniobras, algunas veces, su idea y su pensamiento político? Al granadero que está en la orilla del Elba ó del Oder, le anuncia que quiere llegar á la India; á Pondichery, al cabo de Buena Esperanza. Otras veces, en las nieves de Eylau declara que es necesario ganar allí para el mundo la libertad de los mares. ¡Y con esta causa general, universal, con estos secretos de Estado, esta alta política del globo apasiona á los subalternos y á la masa del ejército!

¡Qué fé en la inteligencia y el corazón de aquellos hombres! ¡Qué igualdad, que familiaridad de génio entre el gefe y la multitud!; por que esas proclamas contienen las ideas más elevadas y como la filosofía política del Emperador. Confíandolas á los suyos en el abandono de un día de comun peligro, hacia de ellos otros tantos confidentes de su pensamiento, otros tantos representantes de la civilizacion del universo. El granadero de la guardia que oia en el vivac palabras tan inmensas media exactamente su valor; pero hacia más que esto, se asimilaba su espíritu, sentia con fuerza eléctrica que era el brazo que debia remover el mundo. Para mostrar que habia comprendido, decia á su gefe en Austerlitz: «estáte tranquilo, no tendrás que combatir mas que con los ojos.»

A medida que Napoleon lo absorbe todo, es menos dueño de su fortuna. Cuando parece que obra más arbitrariamente, es el instrumento casi pasivo de un plan providencial. Cuanto más absoluto, es ménos libre. General en Italia, cónsul, hace exactamente lo que se propone; emperador casi omnipotente, va casi siempre más allá de sus proyectos; sus actos tienen resonancia donde no se esperaba. Quiero aducir un ejemplo.

La guerra de España es la más injusta que hizo; pero lo maravilloso es que el golpe que abrumba á España, emancipa á América. Europa sólo se preocupa de la violencia ejercida en Madrid, pero todo el Nuevo Mundo aplaude esta guerra que el antiguo condena. A cada batalla librada en Castilla, en Búrgos, en Somosierra contra España, surge una República al otro lado del océano, en Chile, en el Perú, en Méjico. Brilla aquí una justicia superior, porque eran necesarias tres cosas: primera, que España fuese castigada de su dureza para con América: segunda, que este castigo la regenerase: tercera, que sus colonias esclavas se convirtiesen en Estados libres. Ahora todo esto se cumple por la misma mano, en la empresa que se considera con razon como la más infcua del Imperio.

Hé aquí porque el nombre de Napoleon hizo latir el corazon de todos los pueblos; detrás de él se creyó percibir á la Providencia. Es fácil ver que el más poderoso de los hombres era el instrumento de algo más poderoso que él, que

la paz no estuvo nunca en sus manos, que Dios le impulsaba sin cesar, que casi todo el universo era su cómplice. Si el general de Italia se hubiese detenido en Marengo, habria representado en el porvenir á la democracia francesa; pero á los ojos de los extranjeros, el que fué al Cairo, á Viena, á Madrid, á Berlin, á Varsovia, á Moscou, es el precursor de la democracia universal: nosotros amamos al Cónsul, ellos saludan al Emperador.

Llegó la hora en que el mundo no necesitaba del desbordamiento de Francia, pero aun fué necesario esperar á que penetrase en la ciudad santa, en Moscou. Entónces toda la Europa continental habia sido visitada. Cada raza, cada pueblo recibió su fermento de porvenir. Dióse providencialmente la señal de retirada; la nieve de Rusia cubre al gran ejército; algunos hombres pliegan la bandera á la cintura. Nadie ataca ya á la Revolucion por el manifiesto feudal de Brunswick; se la combate por el espíritu que ella misma ha creado. Los reyes han aprendido al fin las palabras sagradas de la Constituyente, *la libertad y el Evangelio*; y las emplean contra el país que primero las pronunciara. En la campaña de Sajonia, dos franceses, Bernadotte y Moreau, matan á Francia, revelando al extranjero el secreto de la gran táctica; por manera que de ámbos lados se vé combatido nuestro país por la fuerza misma que difundiera en el universo; y lo que no he dicho

todavía, no se consuma la derrota de un pueblo por todos los demás, sino á condicion de adoptar sus principios y su fé.

Así empieza á esplicarse la dictadura de Napoleón. Como todos los grandes inventores, Francia debia dar la Revolucion al mundo y pagar su beneficio con un día de muerte; Prometeo comunica á la tierra el fuego del cielo, y es encadenado á una roca; Cristóbal Colón muestra á la vieja Europa un nuevo universo, y es arrancado con hierros en los pies de en medio de su conquista. Si el día de angustia hubiese llegado para Francia bajo el Directorio, la invasion se habria consumado á nombre del pasado por Suwarow, armado con el Knout. Pero trascurren quince años de sol brillante para que madure el grano sembrado con la tempestad. Entónces, pueblos, reyes, todos los que se levantan contra la Revolucion se confiesan convertidos á ella. Ficción ó verdad, el Emperador Alejandro tiene en los lábios la palabra de Mirabeau.

¿Qué es la Santa-Alianza, sino la declaracion de los derechos del hombre profesada durante un día, y la bandera de la Revolucion desplegada por los reyes? ¡Poco importa que se haya querido engañar al mundo con este disfraz! La túnica sangrienta del espíritu que han vestido por un momento, se ha adherido á sus huesos, y tarde ó temprano les abrasará. aunque tuvieran la fuerza física del Hércules pagano.

Fascinada por esa sombra, ese eco, ese fan-

asma de su espíritu que se levanta por todas partes, desde Crimea hasta el Rhin, Francia se ofusca; además fáltale sangre en las venas. En el interior se le grita, libertad. En el exterior el mundo ha aprendido la consigna; repitiéndola en voz alta, los pueblos traspasan sus fronteras; cae, pero su pensamiento triunfa.

Bastantes sofismas se han forjado á propósito de la invasion, ora para olvidarla, ora para glorificarla, siempre para engañarse acerca de ella. No debe desearse que los pueblos olviden demasiado pronto. Se han ideado mil pretestos para no ver la llaga; aceptemos el dolor si queremos curarlo. En aquel momento de angustia ¿dónde estaba el alma, el santuario del territorio sagrado? ¿Estaba con la Iglesia del Concordato? No; ésta incendiaba la Vendée. ¿Con el papa? formaba alianza con los cismáticos. ¿Con el sistema del doctrinarismo naciente? Stael decia que era preciso consolarse de la invasion por la ventaja de estudiar las costumbres inglesas y la literatura alemana. La verdadera vida, la filosofía real se habia refugiado en el corazón de los hombres de instinto que con Carnot sostenian aún la bandera, no viendo en la hora suprema más que al héroe en el Emperador. El alma de Juana d'Arc no se ostentaba en las flores de lis, sino en Champagne, con la bandera tricolor. ¡Quién no ha visto á esos hombres entrar, al fin, uno á uno, en sus cabañas, mudos, estupefactos, no sabe hasta donde pueden llegar la dignidad y la profun-

dad del dolor en un pueblo cristiano! ¡No pedían como M. de Stael, consolarse con libros; se nutrían de un recuerdo único y buscaban siempre la estrella!

En el silencio obstinado, en las miradas que profundizaban un misterio, en un suspiro escapado de aquellos pechos de bronce, había más alma, más religion que en los Te-Deum con que por espacio de treinta años ha celebrado la Iglesia su victoria.

¡Waterlloo! es necesario mirar de frente esta otra herida. Se nos dice que aquel combate fué solo una batalla entre las ideas y que, medítandolo bien, podía parecernos una fiesta. ¿De qué sirven las sofismas sino para enervar los corazones? No juguemos aún con semejantes palabras. Si hemos sido heridos, sintamos al menos el golpe. He recorrido aquel campo de cólera, creo conocer sus menores detalles. Durante la noche, he oído, hácia la Bella-Alianza, las voces de los muertos. No son abstracciones que gritan, sino hombres que quieren ser sepultados en un recuerdo glorioso.

He visto en el Gólgota del Monte-San-Juan un inmenso cáliz, lleno con las lágrimas y la sangre de un gran pueblo: bebámoslo despacio, sin apartar los ojos, hasta la hez. Por que es evidente que fué providencial el golpe que recibimos. Los tres ejércitos que se suceden, cuando el anterior está cansado, el de Wellington, el de Bulow, el de Blücher, y el último saliendo

del bosque como una exhalacion, sin haber sido apercibido, todo esto indica una estrategia sobre-humana. ¿Porqué hemos sido castigados allí por segunda vez? ¿Cuál era el nuevo crimen? ¿Porqué la Vestal fué enterrada viva? Aparentemente por haber dejado amortiguarse el fuego sagrado. Si en esto consistia el mal, en esto hallaremos el remedio. Es preciso volver á encender la lámpara. ¡Ah! ¿quién sabe si esa muerte en que nos agitamos hace treinta años no nos fué impuesta para renovarnos? Yá en 1830 nos hemos arrodillado en el sepulcro. Creciendo en su interior, acabaremos por romper con la cabeza y el corazon la pesada piedra que el universo lanzó sobre nosotros.

Gran signo es el ver que con Napoleon cautivo en Santa Elena la Revolucion es prisionera de guerra bajo la Restauracion. Se borran las insignias del nuevo espíritu; el pueblo está cautivo como su jefe. Pero en la muerte viviente de Santa Elena, el alma de Napoleon se engrandece, ve cosas que no apercibia en su mayor apogeo; sobre todo, confiesa magnánimamente sus faltas. Sin su incurable dolor, el mundo no le habria conocido sino á medias; bebe gota á gota el cáliz de Waterlloo, y cuando lo ha agotado, se despierta en la paz de la inmortalidad, reconciliado con los pueblos que le han maldecido. ¿No será esta la última fase en que deba entrar la democracia por él representada? Despues de haber tenido su encierro de Santa Elena, ¿no ha de tener tambien

la emancipacion, no en el mármol y el bronce, sino en la conciencia de un nuevo órden social?

En el fondo, la Constituyente, la Convencion, Napoleon, señalan diferentes épocas de un mismo principio. No creamos que todo se ha perdido cuando cualquiera de esas épocas desaparece, porque es para abrir paso á otra nueva. El ideal del porvenir que se desenvolverá por espacio de siglos debe encerrar y reconciliar á la vez la alteza moral de la Constituyente sin sus ilusiones, la energía de la Convencion sin la crueldad, el esplendor de Napoleon sin el despotismo. Hé aquí las ramas del nuevo árbol social. No sepultemos nuestro pensamiento en ninguno de esos momentos, porque los sucesos que los llenan no son tan grandes sino porque nadie puede reproducirlos. Su grandeza misma nos advierte que es ya hora de imaginar otros nuevos.

CONFERENCIA XV.

IDEAL DE LA DEMOCRACIA.

Por qué no es él catolicismo el alma de Francia.—Resultados de la Revolucion de 1830.—Una gran secta.—Nuevas teorías sociales comparadas á las de Campanella.—Porvenir de la democracia.—De la educacion del pueblo.—Conciencia de lo divino en el hombre; fuentes de la nueva legislacion.—¿Reemplaza el Estado á la Iglesia?—Un santuario superior al Estado.—La reforma de la reforma.—La Revolucion restituye la fé en lo imposible.—Causa de un divorcio de espíritu entre los hombres y las mujeres.—Como juzgar si una idea está en el plan de la Revolucion Francesa.—Conclusion.

Despues de Warteló, Byron canta los funerales de Francia. Se suprimen en su pasado los treinta años que más ha vivido, como se arranca á un cadáver en la autopsia el corazon y las entrañas. Entiérranse su bandera, sus armas, sus colores; nadie puede decir cual será su porvenir. Distribúyese su fortuna como un botin. La bandera blanca sirve de mortaja. Para pesar sobre el cadáver y tranquilizar al mundo,